

Por CONCHA MELÉNDEZ

EDUARDO MALLA hizo, en 1935, un examen del escritor de entonces frente a su tiempo<sup>1</sup> que resulta ser tan urgente llamada hoy, como cuando fue pronunciado en Rosario, Argentina, ante los miembros de la Asociación María Benito. Gentes jóvenes escucharon esas palabras, que pueden ser motivo de reflexión también para gentes vivas y despiertas quienes, pasada la primera juventud, piensan y sienten dentro de una juventud de pensamiento que ha de durar, como en Mallea mismo, hasta la muerte. Son aquellos que Goethe consideraba naturalezas jóvenes, no porque hubieran nacido en años recientes, sino porque expresan una juventud siempre renovada.

En una hora —dice el novelista argentino— en que se oye en el mundo el toque de rebato desde la península de Corea al corazón del orbe occidental, es imposible ya aquel retiro que desde el tiempo helénico hasta Montaigne, era determinante de una actividad: la huida del universo inmediato al universo de la abstracción, el ensimismamiento activo. El imperativo presente exige que ese ensimismamiento creador, se transforme en participación creadora.

1. Sur, Buenos Aires, septiembre 1935, pp. 7-29.

Define entonces al escritor-espectador que va desde Homero al clasicismo francés y el escritor-agonista, desde los primeros estoicos hasta Erasmo, Pascal, Nietzsche y todos los que han seguido después realizando su obra mediante el compromiso y el riesgo de su propia existencia. Esta participación reclama al escritor-agonista en el conflicto moral de las masas, su creación en el fuego de este conflicto. Señala Mallea que desde Balzac y Dostoievsky, con Proust y Joyce, el arte de síntesis se vuelve analítico, barroco y exhaustivo. Este cambio concuerda con un profundo cambio en las sociedades de Occidente. El escritor-agonista —añade— comienza a tener en su mensaje una implicación profética... La virtud formal, cierto clasicismo, tocan hoy a su fin. Son atmósferas abolidas en una tierra donde el clima ha cambiado y lo que antes era proceso lento del hombre hacia sus fines, es hoy urgente llamada al espíritu, a la pasión y a la voluntad.

La conferencia-ensayo desenvuelve el pensamiento que es sustancia de la obra total de Mallea, quien se considera a sí mismo escritor-agonista que participa e interviene con su palabra en la expresión de las luchas de conciencia, de la angustia de la incomunicación humana, del caos y la falsedad.

El entendimiento fundamental posible en los hombres despiertos a su naturaleza en el sentido de estructura profunda, le hace pensar que después de los últimos toques de muerte, aparecerá en su ritmo cíclico, una nueva esperanza.

La vasta obra de Mallea: cuento, ensayo, novela, novela corta, hasta el poema en prosa que hoy vuelve a nosotros por los caminos que le trazaron Baudelaire y Rimbaud, tiene sus manantiales perennes en esas convicciones expresadas en 1935, repetidas hasta donde ha llegado hoy. Por eso me pareció bien resumirlas en este pórtico a la entrada del estudio que ha hecho de esa obra, Mercedes Pintor de Cabrera, estudio que resulta ser la exploración más completa que conozco en lengua española del autor de *Fiesta en noviembre*.

Fue precisamente esta novela, estudiada por la autora según dice al principio de este libro, en mi clase de *Introducción a la Literatura hispanoamericana* en la Universidad de Puerto Rico, lo que la inició en la lectura de Mallea. En efecto, *Fiesta en noviembre* (1938) fue elegida para análisis por lo que entonces era novedad de técnica y presentación también del tema más recurrente del autor: los dos aspectos que ve en la Argentina: la visible y la profunda; la auténtica y la que representa su vivir en la superficie.

En esta novela «el qué» y «el cómo», el tema y la técnica o manera de organizarlo y darle expresividad, era nuevo en nuestra narrativa: dos relatos alternos en trágico contraste y simultaneidad temporal —una noche de un treinta de noviembre— separados en el espacio: un lugar de Europa y la ciudad de Buenos Aires. El fusilamiento de un poeta allá; la fiesta ostentosa y vacía acá, provocadora del rechazo de lo falso en el único invitado que no lo es.

Después de su presencia en mi clase, hasta 1964, cuando presentó su tesis para el doctorado en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, no había vuelto a ver a mi antigua discípula. Nada me alcanza como consejera o animadora en la tesis calificada de sobresaliente por sus profesores en aquella Universidad.

Me complace que persona tan inteligente como Mercedes Pintor de Cabrera, eligiera para su larga investigación la obra de uno de los escritores que, a pesar de su resonancia en los Estados Unidos y Europa, no es leída y estudiada hoy en nuestras Universidades hispanoamericanas con la múltiple atención que merece; la que llevara a monografías de sus distintos aspectos.

Mallea es, a mi ver, uno de los ensayistas que más vale entre nosotros en esa modalidad tan personal y en verdad difícil de la literatura, por su vasto saber, su inclinación reflexiva ante el acontecer de su tiempo y de todos los tiempos.

Su prosa elegante, dueña de los más eficaces recursos de nuestra lengua; prosa que por momentos se enciende en una suave o melancólica efusión lírica, es vestidura adecuada para el ensayista prevaleciente en él aun cuando se exprese en otras formas de la literatura.

Acaso por eso es para mí el novelista que ha logrado con más éxito entre nosotros, la novela-ensayo, técnica donde el acento ensayístico constituye la estructura narrativa y en Mallea alcanza su expresión más valiosa en *La Bahía del Silencio*. Es también uno de los primeros en escribir la novela de la ciudad, haciendo de la suya —Buenos Aires— presencia viva ante «el río inmóvil» en sus ficciones narrativas.

El acento ensayístico no desaparece del todo en pasajes de sus novelas extensas, entre las cuales *Las Águilas* y *La Torre*, que formarán una trilogía cuando aparezca la anunciada con el título *La Tempestad*, son el encuentro de las dos Argentinas, donde el nieto del fundador de una riqueza que se vuelve fábula, comienza un proceso transformador de cordura y vuelta a lo auténtico, pro-

ceso interno profundo que inicia la construcción de una torre espiritual, sin que sepamos aún lo que la espera en *La Tempestad*, pronóstico de consecuencias no reveladas todavía.

Algunas novelas son muy actuales por su técnica: la contraposición del tiempo objetivo y el subjetivo, que lleva a una fragmentación narrativa en vaivén del presente al ayer, calculado «flash-back» donde el lector expectante encuentra la aclaración del presente con su motivación en el pasado.

Acaso entre sus ficciones narrativas la mejor estructurada sea *La sala de espera*: siete novelas cortas en el monólogo interior de siete pasajeros que esperan un tren y recuerdan su pasado en este momento cuando enfrentan la aventura de un cambio alumbrado por vaga esperanza.

En la última novela extensa de Mallea, que he leído: *Simbad*, síntesis de los temas y conflictos en la vida de un escritor de teatro, vuelve a la técnica del vaivén temporal sostenido al principio de cada parte de la novela desde el presente al acontecer que lo explica.

En 1944, bajo el título de *Rodeada está de sueño* —palabras de Shakespeare en *La tempestad*—, Mallea publica en dos libros, *El alejamiento* y *El retorno*, un relato que es especie de diario de un escritor que se retira a su campestre casa solariega en soledad y va revelando en apuntes de recuerdos, lecturas, conversaciones con sus dos servidores Daoíz y Lorenzo, su vida desde la infancia hasta el momento en que escribe. ¿Podría decirse que estamos ante una novela poética? ¿Ante un diario que se vuelve memorias, ficción y acaso insinuada autobiografía? *Rodeada está de sueño* la vida y el autor lo confirma en sus apuntes muchas veces poemas en prosa, como *Una música oída en el camino*, *Lo agreste*, *Los pinos* y otras, ensayos breves como *La vida y los libros*, *Los endiosamientos*.

Todo esto ha vuelto a mi memoria literaria al leer la tesis de Mercedes Pintor de Cabrera, uno de los asedios más persistentes y valiosos que he leído de la obra de Mallea, en investigación infatigable, interpretación que no omite ningún acento y se detiene conmovida en los religiosos, en la presencia del Antiguo Testamento en Isaías, del Nuevo con su protagonista a quien sigue hasta la noche final en el huerto de Getsemaní.

Cuando supo que Eduardo Mallea visitaría algunas Universidades norteamericanas, viajó en avión expresamente desde Puerto Rico para oír una conferencia del novelista en el Instituto Hispá-

nico de la Universidad de Columbia. Así pudo darnos el retrato del escritor como apareció para ella física y espiritualmente en esa ocasión.

El resultado de ese afán al fin se expresó en este libro que es mucho más que lo prometido en el título: *Eduardo Mallea, novelista*. En verdad estudia la obra entera: sus temas, sus técnicas; las ideas y los ámbitos literarios, filosóficos, religiosos, en observaciones críticas e interpretativas sostenidas por la seguridad alcanzada en el buceo de un mar, complicado por tormentas profundas y calmas sosegadoras de belleza.

Esta tesis es noble reconocimiento entre otros de público brillo, que en su patria y fuera de ella ha recibido Eduardo Mallea. Su obra perdurará con la fuerza de la casa construida en la roca y no en la arena de la parábola jesucristiana. En las llamadas en el tiempo de cambios en modas y gustos, quedará haciendo verdadera la advertencia de Georg Lukács:

Ciertos críticos teóricamente precipitados y demasiado «sensibles» suelen fundar inmediatamente una nueva estética en cuanto surge un nuevo estilo en literatura. Esto es, los nuevos fenómenos literarios se elevan de manera inmediata a piedras de toque de la literatura en general. Esto lo hemos observado en diversas ocasiones desde el naturalismo hasta el expresionismo y somos ahora felices dueños de todo un número de tales criterios estéticos abortados y conservados en alcohol... Esto debería hacernos precavidos y movernos a remontar las milenarias experiencias artísticas de la humanidad.<sup>2</sup>

Las modas literarias pueden ocultar el nombre y la obra de un escritor. Pero las obras que, en el decir de Mallea expresan esta «época de transición, el arte que marcha con ellas, hacia el descubrimiento de un orden» perdurarán. Como sus propias obras, ellas expresan el afán de las palabras finales de aquella conferencia de 1935: «El viento se levanta y hay que intentar vivir.»<sup>3</sup>

Santurce, Puerto Rico, 22 de febrero, 1973.

2. Georg Lukács: *La novela histórica*, México, Ediciones Era, 1966, p. 378.

3. Prólogo a la tesis de Mercedes Pintor de Cabrera, *Eduardo Mallea, novelista*.